

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN LOS *EPISODIOS NACIONALES*

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. José María Serrano Sanz*

Señor Presidente, Señores Académicos:

Pasado mañana, diez de abril, se cumplen exactamente doscientos años del inicio de un viaje que había de llevar a Fernando VII a Burgos para encontrarse con Napoleón. El emperador no acudió —ni siquiera lo tenía previsto— y el periplo concluyó, como es sabido, en Bayona. Hasta allí fueron conducidos después otros miembros de la familia real, incluidos los recién abdicados Carlos IV y M^a Luisa. Todos ellos, junto a algunos nobles y personal de confianza acabaron instalados en Francia a merced del corso. En el último viaje, ante el previsto traslado del Infante D. Francisco de Paula, a la sazón casi un niño, muchos madrileños, recelosos de la silenciosa desaparición de la familia real al completo, con cierto aire de secuestro e irritados con la extraña presencia y evidente prepotencia de las tropas francesas, estallaron en motín. Aquel 2 de mayo en Madrid fue el primer acto de un levantamiento generalizado en toda España. En pocas semanas pueblos y ciudades crearon Juntas y hasta declararon formalmente hostilidades al Imperio. Había comenzado la Guerra de la Independencia.

Una guerra a la que se puede poner punto final a voluntad, ya sea el 28 de marzo de 1814, día del retorno de Fernando VII, cuando inicia el largo periplo que le llevaría a las ciudades heroicas de Gerona y Zaragoza y después a Valencia y Madrid. O pocas semanas después, al abandonar definitivamente España las tropas francesas, tras entregar las últimas plazas catalanas en su poder, desapareciendo así el motivo origen de la contienda.

* Sesión del día 8 de abril de 2008.

Lo sucedido en esos seis años no fue solamente una guerra, pues que en las expresivas palabras del conde de Toreno, aunó levantamiento, guerra y revolución, de modo que aparte del enfrentamiento entre dos ejércitos, hubo un proceso complejo que marcó el devenir de la España decimonónica.

Existieron por supuesto los clásicos episodios de una guerra convencional, con movimientos de ejércitos, batallas en campo abierto y sitios de ciudades. Hubo además nuevas formas de lucha, como las guerrillas o la defensa de núcleos urbanos hecha por el pueblo en armas.

Aunque como decíamos, no sólo el aspecto bélico de la contienda merece atención, también las cuestiones políticas, que pasaron pronto a un primer plano. El vacío de poder producido por la sucesiva renuncia al trono de Fernando VII y su padre Carlos IV desde Francia no se llenó con su ocupación por el escasamente reconocido José I, y así aparecieron otras instituciones emanadas directamente del pueblo que culminaron en las Cortes de 1810. Había nacido un nuevo concepto político en la práctica española, la soberanía nacional, principio que alumbró la Constitución de 1812 y mantuvo una larga contienda con las ideas e instituciones propias del Antiguo régimen.

No es cosa de hacer aquí y ahora un relato pormenorizado de lo acontecido tras la Guerra de la Independencia, de la que al presente se cumplen doscientos años. Sino de fijar nuestra atención en ella, precisamente el motivo que me ha impulsado a evocarla en mi intervención del presente Curso académico. Lo que, de paso, les libra a Vds. de ser sumergidos en las brumas de la crisis financiera internacional, el tema —sin duda más propio de mi especialidad— sobre el cual pensaba inicialmente intervenir.

* * *

De manera que me voy a ocupar esta tarde de la Guerra de la Independencia. Y voy a hacerlo a través de Don Benito Pérez Galdós, concretamente, por medio de sus *Episodios Nacionales*. Como es sabido, la guerra es el trasfondo histórico de la Primera Serie, si bien empieza con una especie de prólogo (*Trafalgar*) y acaba sin que el conflicto haya concluido (*Batalla de los Arapiles*). La guerra continúa presente en los compases iniciales de la Segunda Serie, cuya primera novela (*El equipaje del rey José*) relata la retirada francesa de Madrid en 1813 y la batalla de Vitoria, mientras la segunda (*Memorias de un cortesano de 1815*) narra la vuelta de Fernando VII y la restauración del absolutismo, un epílogo casi simétrico a *Trafalgar*.

En consecuencia, ocuparse de esas doce novelas rompe la supuesta unidad literaria que tiene cada una de las series, pero éste es un hecho de escasa tras-

endencia aquí, dado que mi aproximación será historiográfica y la ficción una cuestión accidental. Y conste que no estamos con ello minusvalorando el lado literario de los *Episodios*. Compartimos plenamente el dictamen de Ricardo Gullón cuando dice de ellos que “lo histórico y lo ficticio están tejidos en la novela con la misma clase de fibra: cambia el color, no la calidad del hilo”. Y aceptamos la proposición de Ferreras, quien sostiene que los *Episodios* no son meras novelas históricas al uso, sino que literariamente representan nada menos que la invención de un nuevo género “la novela histórica nacional”. Sin embargo, nuestro propósito se limita a la cuestión histórica, como ya dijimos.

Desde la historiografía se han examinado en multitud de ocasiones los *Episodios Nacionales*. No podía ser menos considerando que estamos hablando, en expresión de Clarín, de “nuestra epopeya nacional”. Pero los historiadores han estado sobre todo obsesionados por encontrar las fuentes de las que bebió Don Benito para extraer datos, como paso previo a indagar acerca de su exactitud. Esta no es nuestra intención, por más que haremos un pequeño balance del estado de la cuestión, en lo que hace, lógicamente, a las primeras series. Tampoco planteamos contemplar los *Episodios Nacionales* como vivero de informaciones obtenidas personalmente por Galdós, es decir, como “fuente histórica” en la acepción de Seco Serrano.

Nosotros nos proponemos analizar la interpretación de la Guerra de la Independencia contenida en los *Episodios Nacionales*, enmarcada en la concepción galdosiana de la España contemporánea. Lo haremos tratando de contestar a las tres preguntas siguientes: ¿Qué imagen de la Guerra se transmite en los *Episodios*? ¿Cuál es el significado último para Galdós de la Guerra en la Historia de España? ¿Cuál era su propósito al escribir tan magna ópera empezando precisamente por la Guerra de la Independencia?. Pero antes de entrar en el núcleo central de mi intervención, permítanme que recuerde, de forma sumaria la trama novelesca.

* * *

Comenzaré por señalar que ocuparse de novelas pertenecientes a las dos primeras series implica tener, en realidad, dos tramas, así como contar con la presencia de varios protagonistas. En la Primera “el eje y alma de la acción”, en expresión de Galdós, el protagonista, es Gabriel Araceli. Un mozalbete de barriada gaditana que a través de múltiples y complejos avatares ocurridos en los principales escenarios históricos de la época alcanza el éxito. Un éxito que toma forma en un notable ascenso social, culminado en la carrera militar, donde llega a general, y en el amor, pues se casa con su novia de siempre, Inés, quien a la sazón resulta ser aristócrata.

La guerra y lo novelesco van ganando sucesivamente el protagonismo y tienen una intensidad diferente en cada novela, si bien ambos están siempre pre-

sentos. Hay además una rica galería de personajes secundarios que entran y salen de la escena con más liberalidad, enriqueciendo la narración y sirviendo de nexos adicionales entre unas obras y otras. Por consiguiente, la arquitectura está bien trabada, si bien en ocasiones se hace evidente que Galdós fue trabajando sin tener los planos finales, como reconociera en carta a Pereda: “El año 1873 escribí *Trafalgar* sin tener aún el plan completo de la obra; después fue saliendo lo demás”.

Del conjunto podrían desgajarse *Trafalgar* y *Zaragoza*, pues su trama novelesca apenas tiene en común con el resto a Araceli. Incluso en *Zaragoza*, la sexta novela, la única historia amorosa aludida es la de una pareja shakespeariana, Mariquilla Candiola y Agustín Montoria que sólo allí aparece. Como dijera Menéndez Pelayo, aquí “la materia histórica se desborda de tal modo que anula enteramente la acción privada”.

Pero volviendo al protagonista indiscutible. La historia personal de Gabriel Araceli se presenta en forma de recuerdos desgranados por el personaje cuando ha sobrepasado los ochenta años de edad. Habiendo nacido, según confesión propia, en 1791, representa que lo narra a comienzos de los años setenta del diecinueve. Es decir, al tiempo que lo estaba escribiendo realmente Galdós, quien comenzó su tarea en el verano de 1872. La coincidencia le permitirá hacer juicios sobre acontecimientos recientes, que pueden parecer los del propio Galdós y son por tanto particularmente atractivos para los historiadores.

La técnica autobiográfica de la serie ha sido ampliamente discutida por la crítica. Aceptada, en general, por los literatos como Gullón, quien la califica de “golpe maestro” e incómoda para los historiadores, porque encuentran difícil extraer las opiniones personales de Galdós con el narrador interpuesto. En todo caso, es cierto que resta algo de dramatismo, pues pronto se entera el lector del final feliz que aguarda al héroe y obliga a más de un artificio, como reconoció el propio Galdós: “En la primera serie adopté la forma autobiográfica, que tiene por sí mucho atractivo y favorece la unidad; pero impone cierta rigidez de procedimiento (...). Difícil es sostenerla en el género novelesco con base histórica”.

En realidad Galdós no quiere abusar del misterio y ni siquiera intrigar con los pasos futuros del personaje, que es rectilíneo y en todo momento reacciona como se espera de él; a saber, con un sentido del honor, el deber, la lealtad y el patriotismo que acaban por parecer innatos. Y es que el autor se propone convertir al protagonista en un ejemplo permanente. Por eso le regala el final feliz del párrafo con que acaba la última novela, aunque casi implique eso su sacrificio como personaje de ficción [cito]: “Adiós mis queridos amigos. No me atrevo a deciros que me imitéis, pues sería inmodestia; pero si sois jóvenes, si os halláis postergados por la fortuna, si encontráis ante vuestros ojos montañas escarpadas, inaccesibles alturas, y no tenéis escalas ni cuerdas, pero sí manos vigorosas; si os halláis

imposibilitados para realizar en el mundo los generosos impulsos del pensamiento y las leyes del corazón, acordaos de Gabriel Araceli que nació sin nada y lo tuvo todo”. Convertido en paradigma de la honestidad es recuperado un momento en la Segunda Serie para moralizar en una novela (*Memorias de un cortesano de 1815*) que, sin él, parece correr el riesgo de enaltecer a un pícaro.

Los *Episodios Nacionales* fueron un éxito de público y también de crítica desde el primer momento. Pero de las cuarenta y seis novelas que acabaron comprendiendo, las diez de la Primera Serie han refrendado continuamente hasta hoy su popularidad, si se atiende —como parece razonable— al muy superior número de ediciones de que han gozado. Acaso hayan sido los resonantes hechos históricos de su trasfondo la base de ese triunfo, quizás la sencillez del conflicto planteado, pues resulta fácil identificarse con un personaje como Araceli, cuando sus enemigos —que son los del bien común— parecen igualmente nítidos.

Entre los críticos, en cambio, las opiniones no son tan unánimes. Si algún notorio galdosiano como Sainz de Robles la consideraba la mejor serie sin disputa, otros, como Montesinos, discrepan abiertamente: “Es un lugar común crítico —afirma— decir que la Primera Serie de los *Episodios Nacionales* es la mejor. Disentimos con todo respeto. No; es mejor la segunda y mejor aún la tercera; si hay algún desfallecimiento ello ocurre muy hacia el final. Los Episodios Nacionales no son una excepción en la obra de Galdós y se agigantan en la medida en que se acendra el arte de Don Benito”.

La lectura de la Segunda Serie, en cualquier caso, deja claro, en nuestra opinión, que la trama se hace más compleja, los personajes se enriquecen en ambigüedad, algunos conflictos se tornan sutiles y el novelista parece dominar todas las situaciones, en lugar de ir tras su entramado histórico. Si esto no tiene por qué resultar más atractivo, sin duda confiere a las novelas una mayor densidad y una menor arbitrariedad a las construcciones. Galdós ha ganado oficio.

Comienza por descargar al conjunto de tener un solo protagonista y los alterna según las novelas, aumentando así su variedad. Los personajes tampoco se limitan a ser arquetipos del bien, como Araceli, sino que los hay instalados en la duda (Salvador Monsalud), el error (Carlos Navarro) o la maldad (Juan Bragas o de Pipaón). Ni siquiera adopta una técnica narrativa única: en la primera novela hay un narrador impersonal, mientras en la segunda vuelve al género autobiográfico.

En *El equipaje del rey José*, un afrancesado de ocasión va entre las tropas francesas de Madrid a Vitoria, custodiando los tesoros robados en la primera, durante la retirada que acaba en derrota (trama histórica); se encuentra con el rechazo de su madre y su novia y descubre quien es su padre y un hermano ignorado con

el cual acaba batiéndose en duelo (drama novelesco). Como se ve, poco hay de común con los argumentos de la Primera Serie, cuajados de épica y acciones ejemplarizantes.

Diferencia llevada al extremo en la segunda novela, *Memorias de un cortesano de 1815*, donde Juan Bragas (ridículo en el nombre y ridiculizado además en la escena final) resulta el reverso de Gabriel Araceli, al protagonizar también un rápido ascenso social, pero desde la deshonestidad. Es la historia del covachuelista que medra en la ciénaga moral de los primeros compases del absolutismo fernandino, hasta llegar a ser miembro del Consejo de Castilla.

* * *

Dejamos aquí este breve recordatorio de la trama y vamos ya a la primera de las preguntas planteadas ¿Cuál es la imagen de la Guerra de la Independencia que se obtiene leyendo a Galdós?

Comenzaremos por decir que, más allá de servir de escenario de los hechos, la Guerra adquiere condición de protagonista y hasta en ocasiones, como se dijo, llega a dominar por completo la escena. Por eso resulta de interés preguntarse por las fuentes de Don Benito, como ha hecho una legión de eruditos a lo largo del último siglo, para acabar, por cierto, discutiendo con más encono entre ellos que cuestionando al propio Galdós. Nuestro novelista, a pesar de la rapidez con que escribió (una obra cada dos meses y medio aproximadamente) se documentó siempre a conciencia y, sobre todo, con tino. Estudios históricos generales y específicos, prensa y testimonios orales fueron las tres fuentes que utilizó, además de su propia experiencia personal para los últimos títulos.

Lógicamente, en la Primera Serie había escasez de fuentes orales. Por eso y porque los hechos tenían una indudable envergadura se atuvo con notable fidelidad al que era considerado el mejor y más rico relato de aquel tiempo, la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* del conde de Toreno, un libro de los años treinta planteado como una actualización de la *Historia* del padre Mariana. Excelente para la época, la obra compartía con Galdós una interpretación liberal y contenía numerosas anécdotas que noveló cambiando los nombres de los personajes e introduciéndolos en su trama. También utilizó un libro atribuido a Estanislao Kostka Bayo sobre el reinado de Fernando VII, así como los *Recuerdos de un anciano* de Antonio Alcalá Galiano, publicados en los años sesenta en prensa. Además, se documentó en libros específicos para algunos *Episodios*, como los de Manuel Marliani sobre la batalla de Trafalgar, Alcaide Ibieca para los Sitios de Zaragoza o Adolfo de Castro sobre el Cádiz de las Cortes.

Utilizó también fuentes periodísticas, en particular, prensa oficial: la *Gaceta de Madrid*, la *Gaceta Ministerial de Sevilla* y la *Gaceta de Zaragoza*. De ella extraía noticias y proclamas oficiales. En la primera serie usó el *Diario de Avisos*, del cual dice: “en estupidez supera a la *Gaceta* y en garrulería le iguala [pero] ha sido para mí de gran utilidad, por los infinitos datos de la vida ordinaria que atesora ¿Dónde creeréis? En sus anuncios”.

En cuanto a los testimonios orales él mismo refiere en sus *Memorias de un desmemoriado* —“desmañadas pero imprescindibles”, en certera expresión de Seco Serrano— refiere, decimos, la famosa anécdota del verano de 1872. Estaba entonces empezando a escribir el primer episodio, *Trafalgar* en Santander y su amigo el poeta Amós Escalante le dejó [cito] “atónito con la siguiente revelación pero ¿sabe Vd. que aquí vive el último superviviente del combate de Trafalgar? ¡Oh Prodigioso hallazgo! Al día siguiente en la plaza de Pombo, me presentó Escalante un viejecito muy simpático de corta estatura, con la levita y chistera anticuadas; se apellidaba Galán y había sido grumete en el gigantesco navío *Santísima Trinidad*. Los pormenores de la vida marinera, en paz y en guerra, que me contó aquel buen señor, no debo repetirlos ahora”. Gabriel Araceli viviría el combate de 1805 como grumete del *Santísima Trinidad*.

Para la Segunda Serie le aportó su testimonio sobre el ambiente y los personajes de la época D. Ramón Mesonero Romanos. Éste, tras la publicación de los cinco primeros *Episodios*, en marzo de 1874, había manifestado su deseo de conocer a Galdós, iniciando así una intensa amistad en la cual ejercería una suerte de magisterio. Mesonero se ofreció a proporcionarle “abundantes datos y noticias” como, en efecto, hizo con generosidad, según testimonia la correspondencia entre ambos. Tanto le gustaban a Mesonero los *Episodios* que llegó a manifestar a Galdós que “había realizado un pensamiento” suyo al escribirlos. Y como dijera Gaspar Gómez de la Serna fueron un estímulo decisivo para que *El Curioso parlante* iniciara en 1876 sus deliciosas *Memorias de un setentón*.

Estas fueron las fuentes con las que Pérez Galdós construyó, en sus propias palabras, “el cañamazo histórico”. Un cañamazo que sostenía una interpretación personal de aquel proceso histórico. Las novelas de Galdós no ofrecen una pintura impresionista o desvaída de la Guerra de la Independencia. Constituyen un verdadero fresco que permite al lector hacerse una idea completa de aquellos decisivos hechos históricos. La forma autobiográfica de la Primera Serie facilita el mantenimiento en todo momento de la perspectiva del conjunto. Y esa perspectiva, a su vez, ayuda a situar en su justo término los acontecimientos seleccionados por Galdós como escenarios en los que discurre la acción del protagonista. En este sentido, y aunque lo novelesco no sufra apenas, lo histórico impone una disciplina implacable al narrador, quien se ajusta a ella con tal fluidez, que la obra entera ha llegado a ser calificada por Cuenca Toribio como: “la mejor introducción a la historia española de la centuria pasada”.

Galdós quiso dar en los *Episodios Nacionales* una visión integral de la Guerra de la Independencia y por eso hizo transitar a su personaje a través de los principales hitos del conflicto. Gabriel Araceli aparece en Trafalgar, en El Escorial cuando es descubierta la conspiración de los fernandistas contra Carlos IV y Godoy; en Aranjuez durante el segundo acto de la misma, cuando triunfa y alcanza el trono Fernando VII. Está en Madrid el 2 de mayo y hasta es fusilado en la Montaña del Príncipe Pío, aunque sobrevive, para acudir a Bailén el 19 de julio durante la gran batalla ganada por Castaños a Dupont. Vuelve a Madrid y toma parte en la breve resistencia a Napoleón, hasta que éste conquista la capital el 4 de diciembre, momento en el cual se encamina a Zaragoza, donde combate en el segundo sitio, en enero y febrero de 1809. Tan sólo se vale de un artificio literario, la narración de una tercera persona, para relatar el sitio de Gerona, porque el protagonista debe acudir a Cádiz y hacernos partícipes no sólo del cerco sino de la convocatoria y primeras sesiones de Cortes. Después es agregado, ya como oficial del ejército, a la partida de Juan Martín el Empecinado y culmina sus peripecias en julio de 1812 en la batalla de los Arapiles. Toman entonces el relevo Salvador Monsalud —ya en la Segunda Serie— hasta la batalla de Vitoria en julio de 1813, y Juan Bragas, testigo y actor en la vuelta de Fernando VII al año siguiente.

De manera que Araceli, el principal protagonista, está presente —con menos artificio, por cierto, del que acaso da a entender una rápida relación como la anterior— en los principales acontecimientos entre 1805 y 1812, sean levantamientos populares, batallas de campo abierto, sitios de ciudades, o en las guerrillas. Aparecen multitud de personajes reales junto a los de ficción, pero los hechos históricos, también múltiples, son recreados con absoluta fidelidad a las fuentes disponibles, sin concesión novelística alguna. Hay en los *Episodios*, por tanto, una lección de historia y una interpretación de nuestra historia tanto como una ficción. En palabras de nuestro compañero Luis Ángel Rojo en su Discurso de ingreso en la Real Academia Española, el propósito de Galdós habría sido “ofrecer una narración interpretada del nacimiento y consolidación de la España liberal”.

A través de ellos podemos conocer en detalle la Guerra de la Independencia desde sus orígenes, incluida la previa batalla naval de Trafalgar, el conflicto político en la Corte española y el levantamiento del 2 de mayo. Hallamos también algunas de las operaciones bélicas más notables y representativas, valiosos juicios sobre el comportamiento de los ejércitos y apreciaciones certeras sobre la política. Si todo ello no contiene un relato íntegro, como vendría obligado en un libro de historia al uso, sí resulta lo suficientemente representativo para que el lector se haga una idea clara de aquel tiempo, porque Don Benito, a decir del normalmente poco entusiasta Valle Inclán “veía tan hondo, que ha adivinado toda una época”.

Pero volvamos a la guerra. Entre las operaciones militares recrea tres batallas en campo abierto: Bailén, los Arapiles y Vitoria. En las tres hace primero una

breve síntesis de los movimientos efectuados por los ejércitos y después focaliza la acción en el protagonista y su entorno más inmediato. En las dos primeras refiere el combate en que participa Gabriel Araceli, y en la última, el poco airoso papel de Salvador Monsalud en la custodia del tesoro robado y la descomposición de la caravana francesa. Sin embargo, en mi opinión, las operaciones mejor relatadas son los asedios, especialmente el de Zaragoza; su descripción de los combates casa por casa es antológica, tan vívida que puede tomarse por vivida. También resulta excelente su explicación de la batalla naval de Trafalgar. E igualmente los movimientos y ataques de la guerrilla tal como aparecen en *Juan Martín El Empecinado*.

En términos estratégicos resalta el cambio de tendencia que representaron Ciudad Rodrigo y Badajoz, al modo de la historiografía actual. Así como la ventaja obtenida por el dominio británico del mar en términos logísticos. Pero, sobre todo, interpreta esplendidamente las causas del resultado final de la guerra [cito]: “Aquella confianza, aquella fe ciega en la superioridad de las heterogéneas y discordes fuerzas populares, aquel esperar siempre, aquel no creer en la derrota, aquel *no importa* con que curaban el descabro, fueron causa de la definitiva victoria en tan larga guerra, y bien puede decirse que la estrategia y la fuerza y la táctica, que son cosas humanas, no pueden ni podrán nunca contra el entusiasmo que es divino”. Lúcidas palabras con las que también está en sintonía la historia militar actual. Era el español, un ejército no muy crecido en número, sin gran preparación ni armamento, abigarrado hasta en la uniformidad, derrotado una y otra vez pero siempre rehecho. Su perseverancia lo hizo invencible y dejó a los imperiales exhaustos y a merced de las oportunas y medidas puntillas de los angloportugueses. De manera que, en último término, la clave de la victoria no estuvo en la capacidad del ejército español para vencer, sino en su resistencia a extinguirse.

* * *

Dicho esto, es tiempo ya de pasar a la segunda cuestión: ¿Cuál es el significado último de la Guerra de la Independencia en la Historia de España para Benito Pérez Galdós? Para él, es, sin duda, la frontera de la modernidad, un momento complejo del que arranca la España contemporánea. Que le interesaba de antes, pues ya había situado en él sus dos novelas anteriores y únicas por entonces: *La fontana de oro* y *El Audaz*; dos libros, por otra parte, con más contenido político que propiamente histórico.

Por esa importancia que atribuía a la Guerra como matriz de la España contemporánea tuvo claro desde el principio dónde debía comenzar. En sus propias palabras: “cuando me preguntó (su amigo Albareda) en qué época pensaba iniciar la serie, brotó de mis labios, como una obsesión del pensamiento, la palabra Trafalgar”. Suponemos que porque, aun no formando la famosa batalla naval

parte, en sentido estricto, de la Guerra de la Independencia, sí pertenece al mismo ciclo histórico, pues siendo uno de los últimos actos de la España imperial o del Antiguo régimen, constituye a la vez un prólogo de consecuencias decisivas para el conflicto de 1808, por el dominio británico de los mares que vino a certificar.

Ciertamente *Trafalgar* no es la única novela situada en el tiempo previo a la guerra. Otro tanto ocurre con *La Corte de Carlos IV* y la mitad de la tercera, *El 19 de marzo y el 2 de mayo*. Es decir que Galdós dibuja la España del Antiguo régimen antes de mostrar cómo es sacudida y transformada. Y en ese contraste se marca profundamente el antes y el después, con la suficiente riqueza de matices, en cualquier caso, para evitar la falsa impresión de que se ha pasado sin más de la oscuridad a la luz. Naturalmente que Galdós no es un nostálgico del Antiguo régimen, pero la conmoción no produjo sólo beneficios; acabó también con una quietud que algo tenía de grata.

Leyendo en *La Corte de Carlos IV* sobre el teatro de Moratín, los juegos de salón, la mezcolanza de aristocracia, toreros, artistas y manolas, es difícil sustraerse a la sensación de estar asomándose a “La pradera de San Isidro” o alguno de aquellos cartones para tapices que —siguiendo a D’Ors— sólo impropriamente llamamos “goyescos”, pues que no está ahí el Goya genuino. Es un mundo sin duda limitado y artificial, pero hace evocar aquellas palabras de Talleyrand en sus Memorias, “Quien no ha conocido el tiempo de antes de la revolución no sabe lo que es la alegría de vivir”.

En el otro extremo nos presenta Galdós en la misma novela la limitada trascendencia de la Ilustración española, la incompetencia y corrupción del gobierno Godoy, la inanidad de los reyes padres o la vesania del resentido Fernando. De todos ellos y de los infantes hace un breve pero delicioso retrato en El Escorial, evocador —este sí— de Goya, cuando la buena estrella del protagonista le dispensa el honor de “conocer de una vez a toda la Familia Real”. Sobre el físico de Fernando —un rey que era una de sus obsesiones— volverá, por cierto, con más detenimiento en las *Memorias de un cortesano de 1815*. Si la Corte no sale bien parada entonces, otro tanto ocurre con el gobierno o las instituciones, como el Consejo de Castilla, que no estarán a la altura de las circunstancias en cuanto sean puestas a prueba por los franceses. Tampoco escapa de la crítica el grueso de la aristocracia, atrapado en los juegos de poder entre los Príncipes de Asturias y de la Paz, incapaces igualmente de ver lo que se venía encima.

De manera que es el pueblo quien toma las riendas en aquella primavera de 1808, porque el Antiguo Régimen dimite o, si se prefiere, digamos que se desvanece en su propia confusión. Pacorro Chinitas, un amolador, simboliza la lucidez del pueblo cuando dice: “Napoleón (...) que ha conquistado la Europa como quien no dice nada ¿no tendrá ganitas de echarle la zarpa a la mejor tierra del mundo,

que es España, cuando vea que los Reyes y los príncipes que la gobiernan andan a la greña como mozas del partido? (...). Aquí vamos a ver cosas gordas y es preciso que estemos preparados, porque de nuestros Reyes nada se debe esperar y todo lo hemos de hacer nosotros”.

Ese protagonismo del pueblo en el “levantamiento” continúa después con la incorporación masiva de los paisanos a la defensa de algunas de las ciudades asediadas, como Zaragoza o Gerona, con la integración de voluntarios en los diversos institutos armados regulares o en la propia guerrilla. El pueblo en armas será uno de los rasgos singulares de la Guerra de la Independencia y una constante durante los seis años siguientes. Y esa disposición permanente a la movilización será el motivo último de que el ejército imperial no pueda dar por pacificada definitivamente ninguna zona y termine agotándose en el empeño.

Tomar el destino en las manos por parte de un pueblo huérfano era la soberanía nacional en acción. Por ese motivo el levantamiento acabó siendo un mito en el liberalismo español: “Jamás pueblo alguno se alzó en su propia defensa ni más unánime ni más imponente”, diría ufano Modesto Lafuente. En lo que el liberalismo tenía de refundación de la patria, aquí estaba el acta de nacimiento de la nueva España: un Estado nacional y unitario, un pueblo de iguales que superaba el viejo mosaico de reinos y estamentos preexistentes.

El traslado al plano institucional tiene lugar en Cádiz, durante la apertura misma de las Cortes. Así lo interpreta solemne Gabriel Araceli, nuestro protagonista [cito]: “En un cuarto de hora Muñoz Torrero había lanzado a la faz de la nación el programa del nuevo Gobierno, y la esencia de las nuevas ideas. Cuando la última palabra expiró en sus labios y se sentó recibiendo las felicitaciones y los aplausos de las tribunas, el siglo decimotercero había concluido. El reloj de la historia señaló con campanada, no por todos oída, su última hora, y realizose en España una de las principales dobleces del tiempo”.

Un nuevo tiempo, sin duda mejor, había empezado. Sin embargo, Galdós no nos impone una visión unívoca del mismo, dibuja también algunas sombras, nacidas precisamente de la brusquedad de la conmoción, que marcarán largamente el siglo XIX. “La Guerra de la Independencia fue la gran academia del desorden, (...) la gran escuela del caudillaje, porque en ella se adiestraron hasta lo sumo los españoles en el arte para otros incomprendible de improvisar ejércitos y dominar por más o menos tiempo una comarca; cursaron la ciencia de la insurrección y las maravillas de entonces las hemos llorado después con lágrimas de sangre”.

* * *

Queda, por último, responder a la tercera de las cuestiones enunciadas: el propósito de Galdós al escribir su magna obra, empezándola precisamente en la Guerra de la Independencia. Su propósito político, queremos decir. Más allá de que en 1873 desease fervientemente el éxito, “desplazado por la marea republicana”, como antiguo amadeísta, y con una situación económica no muy holgada, cual señala acertadamente su biógrafo Ortiz Armengol.

En cuanto al propósito. En la edición de las dos primeras series en 1881 había incluido unas palabras que invitaban a pensar en un propósito muy meditado: “Tengo preparado un luengo y prolijo escrito sobre el origen de estas obras, su intención, los elementos literarios de que dispuse, los datos y anécdotas que recogí”. Tales páginas, desafortunadamente, nunca fueron encontradas.

En cambio, en sus citadas *Memorias de un desmemoriado*, escritas entre 1915 y 1916, un Galdós que ya había concluido los 46 *Episodios* decía con cierta distancia “a mediados del 72 vuelvo a la vida y me encuentro que sin saber porqué sí ni porqué no, preparaba una serie de novelas históricas breves y amenas. Hablaba yo de esto un día con mi amigo Albareda y como le indicase que no sabía que título poner a esta serie de obritas, José Luis me dijo: —Bautice Vd. esas obritas con el nombre de *Episodios Nacionales*”. Es decir, que Galdós ni siquiera tenía pensado el título que, en mi opinión, es un enorme acierto, pues con él logra dar unidad, personalidad y ambición al conjunto.

Pero más allá de que estuviera o no pensado, lo cierto es que los *Episodios* tenían, en palabras del propio Galdós “un prurito histórico de enseñanza”. Y su inmediato y masivo éxito popular les dio pronto una gran trascendencia en la conformación de la idea de España en las generaciones del cambio de siglo. Así fue advertido pronto por Marcelino Menéndez Pelayo, quien decía en 1897: “Son los *Episodios Nacionales* una de las más afortunadas creaciones de la literatura española en nuestro siglo; un éxito sinceramente popular los ha coronado; el lápiz y el buril los han ilustrado a porfía; han penetrado en los hogares más aristocráticos y en los más humildes, en las escuelas y en los talleres; han enseñado verdadera historia a muchos que no sabían; no han hecho daño a nadie, han dado honesto recreo a todos y han educado a la juventud en el culto a la *Patria*”. Y Azorín, siempre conciso: “Don Benito Pérez Galdós ha contribuido a crear una conciencia nacional”.

Las opiniones más recientes abundan en esa concepción instrumental de los *Episodios Nacionales* como un deliberado propósito galdosiano, que Hinterhäuser cifra en “enseñar, adoctrinar y ejemplarizar”. Lo que hizo Galdós para consumarlo fue asumir la tradición historiográfica liberal en auge desde los treinta, y que a mediados de siglo había producido un notable conjunto de obras que reinterpretaban la historia, en especial, la del diecinueve. La Guerra de la Independencia era el

punto de partida de una nueva España; en palabras de Álvarez Junco: “La sublevación de 1808 inició la historia del nacionalismo español contemporáneo”. Del nacionalismo liberal, en particular, añadiríamos nosotros. Así lo ha visto Jover, relacionándolo precisamente con la Primera Serie de los *Episodios Nacionales*, la cual “en el proceso histórico del nacionalismo liberal español significa nada menos que la culminación del *pathos* nacionalista” en boga, según él, desde el bienio progresista.

Ese *pathos* contiene una idea de patria, espléndidamente recreada por Galdós, en boca de Araceli en *Trafalgar* [cito]: “Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria y mi corazón respondió a ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma (...). Comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu (...). Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera”.

La patria no es metafísica, sino historia renovada con voluntad permanente. Es una agrupación cohesionada por una combinación de afinidades e intereses; una agrupación que establece lazos intensos de solidaridad. Esta idea de patria lleva al concepto unitario de soberanía nacional y tiene sus raíces profundas en el liberalismo. Pero, aunque inicialmente responde a un planteamiento racional, es una idea que acaba provocando hondas emociones. De ambas perspectivas se hace cargo Galdós en los *Episodios* de la Guerra de la Independencia.

El ámbito de los sentimientos lo cultiva con un tono épico que domina toda la Primera Serie, e incluye apelaciones ocasionales a otros momentos evocadores para todos del heroísmo. Por ejemplo, cuando García Herreros, diputado por Soria en las Cortes de Cádiz cita Numancia: “¿Qué diría de su representante aquel pueblo numantino que por no sufrir la servidumbre quiso ser pábulo de la hoguera? (...). Aún conservo en mi pecho el calor de aquellas llamas, y él me inflama para asegurar que el pueblo numantino no reconocerá ya más señorío que el de la nación. Quiere ser libre y sabe el camino de serlo”. Por no mencionar su elevación a la categoría de mártir civil de Mariano Álvarez de Castro, “el hombre, entre todos los españoles de este siglo, que a más alto extremo supo llevar la aplicación del sentimiento patrio”.

Con todo, Galdós no pierde la perspectiva racional, que era parte sustantiva de su planteamiento. Quizás porque escribe la Primera Serie en el desorden del Sexenio y esto le marca, reaccionando con dureza contra los excesos de la espontaneidad y aplaudiendo sistemáticamente las líneas más institucionales. Es un liberal neto y por eso apuesta por el orden y abomina del desbarajuste de buena par-

te del siglo [cito]: “Lo que no ha pasado ni pasará es la idea de nacionalidad que España defendía contra el derecho de conquista y la usurpación. Cuando otros pueblos sucumbieron, ella mantiene su derecho, lo defiende, y sacrificando su propia sangre y vida, lo consagra, como consagraban los mártires en el circo la idea cristiana. El resultado es que España, despreciada injustamente en el Congreso de Viena, desacreditada con razón por sus continuas guerras civiles, sus malos gobiernos, su desorden, sus bancarrotas más o menos declaradas, sus inmorales partidos, sus extravagancias, sus toros y sus pronunciamientos, no ha visto nunca después de 1808, puesta en duda la continuación de su nacionalidad; y aún hoy mismo, cuando parece hemos llegado al último grado de envilecimiento, con más motivos que Polonia para ser repartida, nadie se atreve a intentar la conquista de esta casa de locos”, escribiría con irritación en *Zaragoza*; es decir, en 1874.

Del mismo modo se manifiesta con expresiones durísimas contra los excesos de activismo del pueblo (el populacho lo llama entonces), amén de tomar una considerable distancia con la guerrilla. Hasta Gabriel Araceli realiza sus hazañas como miembro del ejército regular y su contacto con los guerrilleros carece en absoluto de entusiasmo. Galdós es hombre del liberalismo institucionalizado y no sucumbe a las tentaciones del romántico.

Algunos autores han querido ver en estas críticas al devenir del siglo un pesimismo galdosiano que lo emparentaría ¡como no! con el 98 y hasta con Ortega. No es esa nuestra opinión. Galdós comparte la desazón de muchos liberales decimonónicos españoles por no poder ordenar el proceso político y hallarse sometidos con frecuencia a la acción y reacción de fuerzas incontroladas. Por eso resulta imprescindible para entenderle y ser honestos con su figura, situar sus opiniones políticas concretas en cada coyuntura histórica. No piensan igual el Galdós periodista del Sexenio, el diputado fusionista de los ochenta o el republicano del final de sus días.

Pero, a diferencia de los llamados regeneracionistas, él siempre se mantuvo liberal, y además tuvo una visión integradora de la historia de España que aquellos nunca poseyeron. Prueba de ello es que en 1904, al evocar a Isabel II en una necrología y fantasear sobre cómo podría haber cambiado su destino, afirmaba: “Para que Isabel ejerciera notablemente su soberanía constitucional, elegía yo entre todos los hombres políticos que hemos tenido desde aquellas calendas a don Antonio Cánovas, no como era el 46, un mozuelo sin experiencia, sino como fue después en la madurez de su laboriosa vida política”. Esto no lo decía un personaje de ficción, lo firmaba el mismo Galdós.

Y de hecho, si se analizan los *Episodios Nacionales* en su conjunto puede comprobarse que el esfuerzo por integrar las diversas posiciones es permanente, advirtiéndose ya en la propia documentación sobre los hechos históricos. Es conocido que para escribir la tercera serie sobre la guerra civil viajó al corazón del car-

lismo con cartas de presentación de su amigo Vázquez de Mella. Y de los años isabelinos habló largamente con la propia reina en el palacio de Castilla en París; de ahí le vino una comprensión, hasta simpatía, por el personaje, del todo sorprendente para los apóstoles del esquematismo.

“En Galdós alienta la España única que nunca se debió dividir” diría Julián Marías. Su visión integradora, puesta sobre el fondo de su liberalismo político, explicarían que Benito Pérez Galdós hallara en el último cuarto del XIX, en la que Gregorio Marañón denominó la “España de la concordia”, un ambiente natural. La amistad fraternal de los veranos santanderinos entre el carlista Pereda, el liberal conservador Menéndez Pelayo y el liberal progresista Galdós, con el republicano Clarín en contacto epistolar desde el oeste, es el paradigma de aquella España posible.

La misma España que después sería presentada como anémica fue, sin embargo, una escuela de convivencia, con su asentado civilismo, contra el anterior mal del siglo, los pronunciamientos. El esfuerzo de todos por encontrar factores comunes para esa concordia era evidente. El mismo Galdós hablando de su amistad con Pereda decía: “Algunos creen que Pereda y yo vivíamos en continua rivalidad por cuestiones religiosas y políticas. Esto no es cierto (...) En verdad ni don José María de Pereda era tan clerical como alguien cree, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros”. El juicio destemplado de Menéndez Pelayo sobre su “amigo” Galdós al final de los *Heterodoxos* se convierte en inequívocamente cálido quince años más tarde en la contestación al Discurso de la Real Academia Española; entonces le reconoce que en los *Episodios* no es novelista de escuela o partido, sino sólo “español”.

* * *

Concluyo. Y permítanme hacerlo resumiendo las respuesta a las tres preguntas planteadas minutos atrás en el orden inverso al que eran formuladas. Primero, los *Episodios Nacionales* constituyen una importante contribución de Benito Pérez Galdós a la creación y popularización de un nacionalismo liberal español. Segundo, su punto de partida no podía ser otro que la Guerra de la Independencia, pues es en aquella conmoción cuando el pueblo pone en acto la soberanía nacional y nace la España contemporánea. Tercero, para que tal propósito tuviera credibilidad y eficacia la visión de la guerra debía ser fiel a la historia disponible, de ahí su ingente esfuerzo de documentación. El resultado final es una obra fidedigna, bien hilvanada desde el comienzo y que tiene la trascendencia de haber contribuido a difundir el patriotismo liberal español.

Muchas Gracias

